

UNA ELEGIA HUMILDE

Es un pequeño cementerio casi alegre. Su vista no ensombrece nuestra frente con ideas tristes, sino que se piensa dulcemente en la muerte.

Allí descansan todos los campesinos que han muerto en el valle: los viejos, los jóvenes y los niños. Dan deseos de morir en aquel valle, para transformarse como los sencillos aldeanos en manojos de hierba fresca y verde, en margaritas de centro de oro y en escaramujos de flores humildes.

El pequeño cementerio queda al pie de la montaña llena de rumores y a la orilla del río cantador.

★

★★

En la estación de las lluvias el río se sale de madre y pasa murmurando sobre algunos de los sencillos túmulos. En su seno lleva entonces parte de la tierra en la que se deshacen los cuerpos de aquellos campesinos, muchos de los cuales no traspusieron nunca la cumbre de sus montañas; pero el polvo que los formó irá al océano inmenso . . . muy lejos del quieto pueblecillo que los vio nacer y dormirse para nunca despertar.

Extraño destino! La muerte, que siempre despierta idea de descanso, será para algunos de aquellos aldeanos tranquilos, inquieta y agitada como no lo fue nunca su vida!

★

★★

De entre la hierba siempre verde emergen las cruces de madera pintada, pero no parecen símbolos lúgubres; tienen más bien un aire gracioso, adornadas con el escaramujo florecido casi todo el año y que sube por ellas abrazándolas cariñosamente.

¿Por qué se piensa al ver el pequeño cementerio que allí sólo hay niños enterrados? Sí, porque fueron como de niño los corazones de los candorosos campesinos que llevaron allí ajenos pies.

★

★★

Siempre esos muertos están arrullados por el canto cristalino del río y por la voz profunda que el viento trae de la montaña.

Debe ser como estar dormido en el regazo de una madre joven, que canta velando nuestro sueño.

★

★★

Por las mañanas amanece la hierba del valle blanqueando de escarcha, y es la escarcha que brilla en la hierba del cementerio la que primero se deshace al beso del sol, y de allí suben también los primeros blancos copos de vapor de todo el valle hacia el azul intenso de los cielos.

Y cuando la tarde se apaga lentamente hay una melancolía infinita en aquel rincón, en donde los rosales silvestres florecen abrazados a las cruces. Las copas de los lentiscos que protegen la empalizada se vuelven luminosas . . . y cada una de sus hojitas es una lengua que canta una melodía triste. En la música del río y en la voz grave que baja de la montaña y que parece viniera de un órgano, hay un tono más quejumbroso y tierno.

Nunca como entonces me ha parecido más deliciosa la sensación de ver encenderse las estrellas bajo el azul verdoso del cielo: ahora una aquí, luego otra más allá . . . ¿Qué mano femenina, blanca con blancura de luna, de largos y finos dedos, es la que va encendiendo esos dulces y pensativos luceros?

Los vencejos pasan volando y con la punta de sus alas rozan la tierra que cubre los muertos y luego se remontan gorjeadores. A la música del río y de la montaña se une la melodía de los lentiscos, el gorjeo de los vencejos y la voz serena de las campanas, que llama al hombre a meditar.

★
★★

Frente al pequeño cementerio, separada de él tan sólo por el camino polvoriento, queda la blanca y risueña casa de Sebastián, el viejo campesino. El jardín que se abre a su entrada siempre está de fiesta, ya con sus pervincas de colores, con sus margaritas de nieve y oro y con sus *miramelindos* de seda. Sobre la *cerca* de piedra hay también un escaramujo que la adorna con sus hojas y sus flores. Seguramente la callada vecindad de la cual la separa no más el camino, lo regaló ha tiempo el *hijito* de rosal silvestre que ya tantas veces ha deshojado sus cosechas sobre la *cerca* de piedra.

★
★★

Desde el corredor se ve la tumba bajo la cual se fue a dormir Jacinta, la esposa de Sebastián. Queda al abrigo de las avenidas del río.

Cuando murió era todavía muy joven. Quedaron cinco hijos pequeños, el menor de los cuales está ya para casarse.

Dulce sueño el de Jacinta! Frente a su casita queda su tumba y desde ella seguramente oyó crecer a sus hijos. ¿Y acaso no los vio crecer también? ¿No fueron sus amorosas pupilas color violeta las que asomaron bien pronto a flor de tierra, en los pétalos de las lindas florecillas que salieron del sitio en que reposa su cabeza? No se cansa la plantita de renovarse y de cubrirse de pétalos de color violado.

Sobre su túmulo iban a jugar en las tardes sus hijos,

¡Con qué confianza apoyaba en la cruz blanca, Pascualillo el más chico, su cabeza infantil, que parecía en lo rubia y alborotada un panal de dorada miel! Lo hacía como si lo hubiera hecho en el hombro de su madre.

Maximina se revolcaba sobre el césped mullido que cubría la tumba; la niña levantaba al aire sus piernecillas regordetas o escondía su carita risueña entre el césped, lo mismo que si jugara en el regazo materno.

Las carcajadas de todos, llenaban de alegría el pequeño cementerio: los buenos muertos debían sonreír benignamente al oírlos.

Los mayores cortaban las rosas que adornaban la cruz. Y este rosal bebía el carmín de sus pétalos en el corazón de la madre, bajo el sitio en que Sebastián había cruzado sus manos, aquellas manos que tantas veces se posaron llenas de amor sobre las cabezas de sus pequeños: que aun muerta, seguía siendo su corazón fuente de ternura que teñía de rosa las flores que habían de recrear los ojos de sus hijos. Hacían los chiquillos ramilletes con ellas y las colocaban en un vaso ante el altarcito que para la virgen tenían en casa y frente al cual se arrodillaban cada noche a rezar el rosario. Y entonces parecía que la ternura de la muerta campesina sonreía en los pétalos frescos, al mirar el amor que, cual una gota de miel en una flor, temblaba en las rojas bocas de sus hijos, al pedir a la virgen por "el alma de mamita".

Quién sabe qué pájaro dejó caer sobre la tumba una semilla de esa gramínea que nosotros llamamos *lágrimas de San Pedro*. Y allí germinó, y sus raíces, hundiéndose, fueron a buscar su savia entre las manos de Jacinta. Con las brillantes semillitas grises los niños se fabricaron lindas gargantillas, que acariciaron sus cuellos graciosos y de las que ellos se sentían ufanos.

Hermoso sueño el de Jacinta! No era, pues, un dulce cuento aquel que habla de una madre muerta que bajaba del cielo a dejar juguetes a sus hijos. ¿No fueron sus manos cariñosas las que fabricaron las lindas gargantillas que adornaban los cuellos de sus niños? ¡Amable sueño el de Jacinta! Si hubiera vivido no habría estado más íntimamente unida a sus hijos, que lo estaba muerta!

★
★★

Desde la puerta de su casa el viejo campesino seguía con tristes ojos los juegos de los chiquillos. Su corazón decía: "Sólo a tus hijos puedes aún ofrecer alegrías, Jacinta, que a mí tu muerte me dejó eternamente lleno de dolor! . . ."



Hasta la hermosa vaca sarda iba a meter su cabeza noblota a través de la empalizada y ramoneaba la perfumada hierba que cubría a la campesina que tantas veces acarició su lomo y apretó su ubre repleta entre los blancos dedos.

Cuando los niños bebían en sus guacalitos la leche espumosa y amarillenta, no sabían que comulgaban con el cuerpo de su madre!

¡Dulce sueño el de Jacinta, que aun muerta sabía extraer leche de su seno para ofrecerla a sus hijos!



Pero ahora son los hijos los que juegan sobre el humilde túmulo de la campesina que se fuera del mundo una mañana para dar la vida al último de ellos, al rubio Pascualillo. Son sus nietos, blancos y rosagotes como lo fueron aquellos.

Se ha renovado muchas veces el escaramujo que brotara del corazón de Jacinta, bajo sus manos cruzadas; y no se cansa de ofrecer flores aun teñidas de rosa por la fuente inagotable de ternura que emana de lo que fue su corazón. Y ahora son sus nietos los que hacen con ellas ramilletes, se revuelcan sobre el césped mullido, de la misma manera que lo harían en el regazo de una abuelita de cabellos blancos y llenan el recinto de la muerte con sus carcajadas que vuelan sobre las tumbas como bandadas de pájaros gorjeadores.

Cuando las lluvias comienzan, brotan todavía sobre el sitio en que estuvo la cabeza de Jacinta las florecillas color violeta, del mismo color que tenían las pupilas amorosas de la campesina. Dijérase que en el fondo de ellas tiembla una mirada llena de ternura.

Y ahora es viejo Sebastián. Sentado en la piedra que hay a la entrada de su casa, mira jugar sobre la tumba de su esposa la caterva de rubios nietecillos.

Su mirada triste y cansada es el lenguaje de su corazón, que tanto amó a Jacinta, la belleza campesina de ojos color violeta: "Ya he vivido muchos años sin ti, Jacinta, ya mis hijos no me necesitan . . . ¿cuándo iré a descansar a tu lado?"

1914